

contribuye a la generación de nuevos roles y estatus que son ocupados por aquellos que van en movilidad ascendente o descendente por medio de la educación, de su capacidad para enriquecerse o de la utilización de su respectivo capital social.

Estas preguntas sirven para interrogar los estudios presentados en un libro pionero desde los puntos de vista histórico y sociológico. El esfuerzo realizado por todos y cada uno de sus autores por reflexionar acerca de sus indagaciones en un marco teórico como el propuesto por el concepto de movilidad social, abre nuevas perspectivas para el análisis histórico, situándolo en un terreno nuevo.

Francisco Zapata

El Colegio de México

JORGE SILVA RIQUER (coord.), *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, 239 pp. ISBN 970 3502660

Este libro es importante por dos razones principales: primero porque revela el cumplimiento de un compromiso académico adquirido, cosa no siempre frecuente, y segundo, por la importancia del tema. Sin duda su aparición resulta evidencia clara de la posibilidad de que las investigaciones sean fruto del concurso de varios especialistas de una misma institución, lo que tampoco es frecuente en nuestras instituciones, donde ha prevalecido más el trabajo individual.

Está por demás mencionar las virtudes de un libro como este, por lo que me limitaré más bien a señalar aspectos que a mi manera de ver, deben tenerse en cuenta para posteriores trabajos de investigación. Empezaré por el título del libro: *Mercados regio-*

nales rehúye asumir el problema del mercado urbano propuesto en el proyecto. Sin duda los “mercados” estudiados aquí no son regionales, son urbanos, porque para ser regionales les falta el estudio de su complemento fundamental que es el sector rural, el campo, cuya producción es administrada y consumida por las ciudades y pueblos, aunque también, para ser mercados, es indispensable el análisis de la relación oferta-demanda-precios. Por otra parte, el contenido y argumento de los capítulos que conforman el libro, con excepción de uno —el de Guillermina del Valle—, muestran que, posiblemente, hubiera sido mejor hablar de abasto urbano y economía regional. Evidentemente puede haber mercado sin que exista una adscripción física, pero no entraré en este tipo de consideraciones, pues nos llevarían, presumo y me atemoriza, a discutir la existencia o no del mercado interno colonial, y al enfrentamiento de los protagonistas mayores, nuestros maestros.

Sólo me queda claro que se trató de realizar una “explicación del mercado interno”, tema, por otra parte, que la primera ocasión Jorge Silva Riquer junto a Juan Carlos Grosso y Carmen Yuste anticiparon algunos subproductos en el libro que titularon *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX* y que fuera publicado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en 1995. Dos años antes, en 1993 apareció el libro *Los negocios y las ganancias de la Colonia al México moderno*, compilado por Leonor Ludlow y Jorge Silva también publicado por ambas instituciones que apuntalan a alguno de estos ensayos. Posteriormente, en 1998, apareció *Mercado interno en México siglos XVIII y XIX* compilado por Jorge Silva y Jesús López Martínez, con el auspicio de las instituciones antes mencionadas, además de El Colegio de México y El Colegio de Michoacán.

Así, podemos observar que como mercado interno, urbano o mercados regionales, la temática ahora analizada se ubica en el

centro de los intereses de Jorge Silva, el coordinador e inspirador del proyecto, como de varios de los autores que integran este nuevo libro, con excepción de Beatriz Rojas Nieto, quien en general comparte también otras problemáticas del conocimiento histórico de Aguascalientes.

Para el análisis prácticamente todos los autores han acogido los registros fiscales del ramo de alcabalas como su fuente principal, asumiendo que por sí misma revela lo que realmente aconteció en lo que se refiere a montos y circuitos mercantiles. No voy a discutir la validez de esta fuente, simplemente me habría gustado encontrar una discusión sobre este problema en cada uno de los trabajos que la utilizan, sobre todo porque el mercado no puede explicarse sin los precios y éstos fueron discriminados en términos de lo que se registraba como valor fiscal y el verdadero valor comercial. Además, la fiabilidad de las cifras consignadas debe ser comprobada en cada caso, pues sólo por citar un ejemplo, Garavaglia y Grosso citan para el caso de Toluca un ingreso de poco más de 14 000 pesos para 1777 y Menegus Bornemann comprueba que en realidad fue de más de 34 000 pesos.¹

Cada autor de *Mercados regionales* ha extraído lecciones y ha formulado hipótesis directas o indirectas sobre la situación económica de cada ciudad, por ello, aunque los autores no se hubieran propuesto, a mí me resulta interesante comparar sus resultados, pues tanto el caso de Jalapa como el de Aguascalientes son susceptibles de tal comparación, como lo son los de Puebla y ciudad de México-Tacubaya que tocan tiempos similares. Queda un poco desfasado el trabajo de Guillermina del Valle a

¹ Véase Margarita MENEGUS, "La participación indígena en los mercados del valle de Toluca a fines del periodo colonial", en Jorge Silva Riquer, Juan Carlos GROSSO y Carmen YUSTE, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX* y que fuera publicado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en 1995, p. 45, n. 22.

quien no le interesó el mercado urbano, sino más bien la transformación agraria por la que atravesó Orizaba dada la importancia del tabaco. Su capítulo "El cultivo de tabaco en la transformación de la jurisdicción de Orizaba a fines del siglo XVIII" mostrará cómo el arrendamiento de mediana propiedad y el pago de salarios en moneda, serán los ejes sobre los que gire la producción tabacalera, que se dio en el marco de un tipo de estructura social y ocupacional de los productores. Para mi gusto, lo ideal habría sido seguir la ruta del tabaco hasta su transformación y comercialización, pues su extensión y circulación tuvo un alcance mayor que cualquier otro producto comparable como la coca y la yerba mate.²

El ensayo de Matilde Souto Mantecón que abre el libro, establece que "la información que proporcionan los libros de alcabalas indica que Jalapa no permaneció estancada ni social ni económicamente después de que se suspendieron las flotas de comercio exterior" (p. 20). Sin embargo, sería más cauto, pues si bien Garavaglia y Grosso, a quienes sigue, postularon que las alcabalas, de manera indirecta, pueden servir como indicadores para medir el índice de la actividad económica relativa a la producción y la escala de intercambio, no hay que olvidar que cualquier tipo de exacción fiscal tenía fuerte grado de evasión. En este caso fue mayor la evasión por concepto de alcabala, lo cual se agrava si sumamos los altos índices de contrabando e incluso de exención de productos clave en el consumo del poblador común como el maíz y el frijol. Nada hay que confirme que los registros de alcabalas están ligados con la dinámica productiva real, simplemente reflejan la tendencia de la dinámica impositiva en crecimiento, porque la evolución hacia arriba de los productos presentados en el cuadro II, bien puede responder a un

² Pienso en el libro inicial que sobre este punto publicó Clara Elena Suárez.

incremento en el impuesto, tal vez por ello consigna que la variación en la tasa de crecimiento no es fruto del “comportamiento del mercado jalapeño, sino [de]los cambios que un año a otro se efectuaron en el modo de gravar las introducciones”(p. 38). Sin embargo, son válidas sus conclusiones en torno del crecimiento agrario basado en la caña de azúcar y la cría de ganado que se observa a partir de 1791 y que otras fuentes consignan. Pienso que la subida de precios, lejos de producir una caída de la actividad productiva la alentó y fue el pilar que sostuvo a la economía, pues queda claro que al cruzar la información de productos introducidos *vs.* población, el crecimiento de ésta necesariamente estuvo de acuerdo con el del abasto, como a primera vista parece que sucedió.

Por su parte, Beatriz Rojas Nieto en su capítulo “Comercio y actividad económica en Aguascalientes: 1780-1810” sin dudar y de manera directa, dirige su interés a probar si hubo o no crecimiento económico hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, que había sido diagnosticado por medio del incremento de la renta por concepto de alcabala. Asume que el comportamiento del mercado de la Villa, medido con base en las “introducciones del viento” registradas en 1800, apunta a confirmar la fragilidad de la fuente como indicador de la producción y su consumo. Evidentemente, el registro correspondiente a las alcabalas no tenía estas funciones, pues era un impuesto a la circulación de mercancías; sin embargo, con base en los datos de Garavaglia y Grosso muestra que hubo un aumento en las percepciones entre 1780-1800 originado principalmente en la cabecera, lo cual significa —dice— que o bien la población y el consumo aumentaron, o que la villa reforzó su dominio sobre el territorio que la circundaba, o que la capacidad de compra creció, o incluso las tres posibilidades al mismo tiempo (p. 74). Sin embargo, las cifras muestran un estancamiento extensivo al lapso 1801-1809 y que la autora califica como “un movimiento decenal normal”. Ter-

mina por formular “que tanto para el comercio como para la agricultura hay años buenos y malos” (p. 75).

En realidad lo que muestran sus cifras es que no hay una tendencia clara ni ascendente ni descendente, entonces o es una economía estancada — las informaciones sobre Zacatecas me llevarían a esta conclusión — o hay una enorme defraudación fiscal por evasión o contrabando, cosa común por entonces, por la simple razón de que nuestras ciudades son abiertas y las garitas y puestos de registro no alcanzan a controlar el paso de productos y mercancías que ingresaban como tránsito o como destino final. De todas formas sus datos le sirven para concluir también que en términos de la discusión sobre el crecimiento económico se logró “sólo una mayor recaudación fiscal” y nada más. Mi único comentario es que con el registro de un año, 1800, no se pueden sacar conclusiones para un arco temporal de aproximadamente 30-40 años que abarca la discusión ni es el registro de alcabalas la fuente idónea para medir el grado del crecimiento. En cambio me parece valiosa su necesidad de comprender el destino de la producción local, que otras informaciones sugieren, la definición de redes económicas y sociales que los registros ponen en evidencia y la capacidad local de subsistencia frente a coyunturas críticas particulares.

Ahora bien, ¿en dónde radica esta disparidad en la actividad económica de Aguascalientes y Jalapa? Si asumimos que son correctas las cifras estaríamos frente al hecho de que la crisis de Zacatecas afectó de manera directa en el comportamiento económico de Aguascalientes y que, por el contrario, frente a la baja minera era perceptible el auge del sector agroganadero y de cultivo tropical — el caso del tabaco — como sucedió con otras regiones de Hispanoamérica. Sin embargo, el auge textil de la Villa y los conflictos internacionales que pudieron impulsar un proceso de sustitución pueden contradecir el estancamiento, no hay que olvidar que hacia la década de 1830 atravesó por un periodo de clara expansión.

El siguiente capítulo “Abasto y circuitos mercantiles: la ciudad de Puebla en la primera mitad del siglo XIX”, por Juan Carlos Grosso y Francisco Téllez G., conoció ya el primer esfuerzo plasmado en lo que los autores llamaron “Las mercancías y los hombres: el abasto de la ciudad de Puebla a mediados del siglo”, publicado en 1995 en la compilación señalada de Silva, Grosso y Yuste. Es un ensayo que bordea los diez años de elaboración, tal vez por ello se nota consistencia, uso de fuentes más complejas, y una propuesta de investigación muy definida. Evidentemente la experiencia en este tipo de investigaciones salta a la vista, de manera clara, por ello es que a diferencia del artículo de 1995, ahora pueden hacer recaer su interés más que en una cuantificación de productos y bienes en estimaciones más generales y en el diseño de los circuitos que acompañaron a los productos. La preocupación central es sin duda mostrar y explicar que “la ciudad se habría recuperado en relación con los momentos vividos en los periodos álgidos de la guerra de la insurgencia” (p. 132).

Esbozan, de manera nítida, los circuitos mercantiles que sirvieron a Puebla. En una categoría jerárquica, Veracruz y Oaxaca concentraban la mayor parte de las exportaciones poblanas; la ciudad de México y los mercados mineros de tierra adentro, absorbían buen porcentaje de las exportaciones, que consistían básicamente en harina, pero sin el empuje que este producto conoció a finales del periodo colonial. El circuito del sur de la ciudad compuesto principalmente por Atlixco, Cuautla y Cuernavaca conformaban el segundo circuito en importancia, seguidos por los valles centrales (Puebla y Tlaxcala) y en menor intensidad Guadalajara y el Bajío. Nada despreciable el valor de las exportaciones que sobrepasaban en valor fiscal los 3 000 000 de pesos.

El abasto muestra también que lo introducido, si bien no era mayor que lo ocurrido en el siglo XVIII, no por ello había disminuido la capacidad de consumo de la ciudad. Su vinculación más importante estaba constituida por la ciudad de Veracruz de donde

provenían los efectos de importación y los insumos para su producción textil algodonera. El otro circuito que se había armado hacia 1830 alrededor de los productos de "tierra caliente" iba desde Chietla hasta varias localidades cercanas a Cuernavaca.

Por lo demás, estaba claro que después de esta fecha la política proteccionista y la reconversión de los viejos molinos en fábricas modernas posibilitaron una recuperación económica y en consecuencia la reactivación de los circuitos mercantiles hacia diversas regiones del país, en particular en Veracruz y Oaxaca. Los autores establecen de manera firme, que el movimiento mercantil que registró el impuesto de la alcabala de 1840 y las cifras de las memorias de los respectivos gobernadores, ofrecen importante recuperación en relación con lo acontecido en la década de los años veinte. Además, la recuperación de la población, el crecimiento industrial moderno, acompañado por un proceso similar de crecimiento de la actividad mercantil, pusieron a Puebla en el camino claro de la reactivación. El único reclamo que tengo es que justamente para vislumbrar lo que pudo haber pasado después de 1845 hasta el porfiriato, el impacto de la política y la inestabilidad que se menciona en el ensayo, habría sido necesario incorporar el indispensable artículo de Guy Thomson: "Continuidad y cambio en la industria manufacturera mexicana [...]", que apareció en 1991 y que trata detenidamente ese periodo y estos problemas. Siempre he pensado que es importante reconocer el trabajo de los demás.

Pero, ¿qué habría pasado si los problemas analizados por Grosso y Téllez hubieran sido retomados por Jorge Silva?, es decir, avanzar más allá de las meras cifras, que fidedignas o no, poco dicen si no se las inserta en un marco explicativo más amplio como es éste, crucial del crecimiento económico en un periodo tenido por la historiografía económica como poco menos que sombrío. ¿Nos servirá para el efecto? En su capítulo "El mercado regional de la ciudad de México (1830-1840)", no hay

duda que muestra su gran experiencia en el tratamiento de estos temas y de esta ciudad durante ese periodo, pero en realidad este capítulo se refiere al año fiscal 1836-1837 para el caso de los efectos nacionales y 1838 (año natural) para los importados. Trata de encuadrar su estudio en los tres sectores que utiliza: el entorno agropecuario de la ciudad, “las regiones nacionales” y el mercado mundial. Plantea el problema de la fiscalidad e intenta mostrar dilucidar “la problemática del mercado regional de la ciudad de México”, en tres apartados: el “mercado mundial”, la “vinculación a las regiones mexicanas” y la “vinculación con el entorno urbano”. No creo que sea del todo incorrecto definir su primer punto como la “vinculación al mercado mundial”, sólo que me parece algo exagerado, pues simplemente son efectos de importación, porque la vinculación al mercado mundial entraña muchas y variadas cuestiones y problemas que no se estudian ni se pretende estudiar aquí. Sin embargo, gracias a este trabajo tenemos una idea clara de algunos de los artículos importados, los puertos de introducción, el valor de los efectos y sabemos más de los comerciantes que realizaron las transacciones, con el consabido predominio de Veracruz. Es importante el señalamiento de que este predominio se basó en el control de la plata por parte de los comerciantes porteños, aunque como tarea de investigación queda saber si éstos eran agentes o no del gran comerciante de la ciudad de México (p. 174). Evidentemente, tampoco nos dice nada sobre los puertos de origen ni su participación, lo que sería otro elemento del carácter “mundial” del intercambio.

En cuanto al punto de México y las regiones mexicanas, éste se refiere a las transacciones habidas entre 1836-1837 y constituye un detallado análisis y exposición de los artículos introducidos desde la región productora mes por mes, hecho que le da pie para sostener su idea de que en esos años se dio mayor presencia de afectos nacionales sobre los extranjeros, dado que hay mayor cantidad de mercancías introducidas con menor valor, pero

queda por probarse. Deduzco que esta sustitución podía ser fruto de política proteccionista como vimos en el caso de Puebla, de reactivación industrial y manufacturera y posiblemente de reactivación de la vida económica general. El problema es que en medio hay una epidemia de cólera de graves consecuencias para la ciudad y posiblemente una caída en las introducciones, sólo que el año estudiado difícilmente nos permite vislumbrar esta tendencia.

Por su parte, Jorge Silva muestra la participación del entorno urbano, pero no nos dice qué lugares lo conforman. Si éste está referido a la sección chinampera y otros lugares del valle de México está bien, pero en la composición de las mercancías introducidas está el ganado y sus derivados o los textiles y las bebidas y licores que no son propias de este entorno. El azúcar de Morelos estaba citado como efecto "nacional". Seguramente siendo un trabajo en construcción, cuando aparezca la versión final y completa de los diversos intentos de Jorge Silva por desentrañar la composición del abasto urbano, tendremos mayor claridad, porque si mal no recuerdo en uno de sus trabajos anteriores se describía el entorno urbano compuesto por unidades productivas ubicadas en Xochimilco, Tlalpan, Villa Coapa y San Ángel. Sin embargo, no estoy de acuerdo en que se pueda hablar de "la ciudad de México y su región" para referirse a la región como equivalente al país.

Finalmente, Jesús López Martínez, en "La dinámica comercial de Tacubaya (1837-1846)" no nos dice qué es lo que quiere hacer y estudiar y con qué o por qué va a trabajar lo que trabaja. Tacubaya, evidentemente es un micro apéndice de la ciudad de México y los montos de su tráfico así lo revelan, es claramente un lugar que estuvo dominado por el tránsito hacia la ciudad, o desde la ciudad hacia lugares fuera del entorno. No hay duda de que como dice su autor "El trigo, el aguardiente de caña y el ganado fueron mercancías que perfilaron una 'villa animada por

el comercio con occidente, el Bajío, el norte y el centro de México'” (p. 239). Eso fue Tacubaya, y ahora lo sabemos bien, aunque no quiero dejar de reclamar a su autor que haya decidido por sí mismo asumir que el estudio de la dinámica de los ingresos del trigo no sean importantes, cuando si algo distingue o caracteriza a Tacubaya es que fue un centro productor de harina. Sin embargo, rápidamente cambia de criterio para el aguardiente y el ganado, pero ya nos impide ver la evolución de los tres productos y subproductos entre 1837-1846, aunque de todas maneras podemos concluir que después de 1837 las actividades económicas de Tacubaya presentan una clara disminución, lo que no habla de reactivación de su centro principal, la ciudad de México.

Sin duda todos los ensayos muestran continuidad importante en la temática o en los espacios estudiados, de allí que sea perceptible el alto grado de madurez, a lo que añadiría que parece importante, en términos metodológicos, el estudio sistemático del ramo de alcabalas para las ciudades escogidas y que ponen a prueba, de manera permanente, una fuente cuyo estudio inicial se lo debemos a Claude Morin y a quien se sumó el esfuerzo de Juan Carlos Garavagha y Juan Carlos Grosso, este último de memoria siempre permanente.

Manuel Miño Grijalva

El Colegio de México

PAMELA VOEKEL, *Alone before God: The Religious Origins of Modernity in Mexico*, Durham, Duke University Press, 2002, viii, 336 pp. ISBN 0822329433

Bellamente escrito, con un ingenioso giro de frases que causan sorpresa y deleite al lector, *Alone before God* arranca desde el catolicismo barroco para llegar hasta la búsqueda austera, refor-